

Obra social



La madre Elvira procura hacer al menos una visita al año a cada una de las cuarenta y seis casas de rehabilitación que se han abierto tras su inspiración por todo el mundo.

Comunidad del Cenáculo

Sor Elvira Petrozzi: “La droga puede ser cruz que asesina o cruz que salva”

Sor Elvira Petrozzi, religiosa italiana de la Congregación de las Hermanas de la Caridad, inició en 1983 un camino para el que no se sentía capaz, pero al que se sentía llamada. Veintitrés años después existen en el mundo cuarenta y seis de sus casas de rehabilitación de toxicómanos, en trece países diferentes, y una de las más numerosas es la situada en Medjugorje.

Álvaro Lozano

A través de sor Elvira Petrozzi nació en julio de 1983 la Comunidad Cenáculo como respuesta al grito de desesperación de muchos jóvenes cansados, adictos a las drogas, que buscaban la alegría y el sentido verdadero de la vida.

Según su fundadora, “en los lugares donde la Providencia nos guía, deseamos ser una luz en las tinieblas, un testimonio vivo de que la muerte no tiene la última palabra”.

Actualmente están presentes en trece países del mundo, y una de sus casas está en Medjugorje, donde conviven más de ochenta jóvenes gracias a la inspiración de la madre Elvira, quien reconoce que “nunca me hubiera arriesgado a vivir las 24 horas del día con drogadictos, porque conozco mis limitaciones, pero Dios obra sobre nuestras debilidades”.

Surgió así “el llamado a abrir las puertas a los jóvenes que se encuentran en el camino equivocado, que están solos, a los que se encuentran en las estaciones o en la calle”. Comenzó a luchar por una casa en la que cuidarlos: “Durante seis años pedí a mis superiores una casa para recibirlos, y la espera de una decisión fue muy larga, pero a través de la oración y el sufrimiento comprendí que era la mejor forma de prepararme para servirlos”. Finalmente, surgió el Cenáculo, “un llamado que proviene de Dios, que te hace capaz de hacer y creer en cosas que nunca hubieras pensado ni imaginado”.



Lo pasó mal sor Elvira, porque durante un tiempo sus superiores “me mostraron mi pobreza, diciendo: ‘No estás preparada, no tienes cultura suficiente’, y yo asentía, pero no podía dormir tranquila. Dentro de mí había estallado un volcán. Sentía que debía dar una respuesta a Dios. Si no lo hacía, me sentiría como un ladrón. Me resignaba, pero no era una resignación pasiva.

Era un profundo sufrimiento y una triste espera”. Finalmente, “aceptaron y empecé a trabajar en una casa vieja, en ruinas, en Saluzzo, que no estaba en condiciones para vivir, pero llegué con mucho entusiasmo y mucha fe

en que se transformara en algo hermoso, alegre y feliz para los jóvenes”. Y así comenzó su aventura. “Los jóvenes que viven en las casas diseminadas por el mundo me han enseñado que la resurrección que quieren ver hoy es nuestra sonrisa, nuestra alegría, nuestro canto, nuestro baile, nuestra libertad, nuestro asombro. Yo soy una mujer que se sorprende mucho cada día, porque contemplo la obra de Dios en los corazones de los jóvenes y en el mío. Me convierto cada día porque veo a Dios actuar claramente, en forma transparente, en el corazón y la mente de los que estaban muertos, tristes, solos. Hoy, en cambio, son jóvenes serenos. Ellos saben que si están muertos, tristes, en lo más profundo de su ser aún brilla una luz de esperanza que puede, que debe ser un motivo para vivir, que vale la pena vivir, y esta esperanza la encuentran a través de Jesucristo resucitado”.

“Dios obra sobre nuestras debilidades, fragilidades y pecados”

www.comunitacenacolo.it